

LA DEFENSA DEL IMPERIO: CUBA 1868-1870

JOSÉ ABREU CARDET

La noticia sorprendió primero y luego creó la incertidumbre entre las autoridades españolas en la isla de Cuba. El 10 de octubre de 1868 en el ingenio Demajagua, en la jurisdicción de Manzanillo, en el Departamento Oriental cubano un grupo de vecinos se sublevaron contra el dominio colonial español. Lo peor era que la sedición se extendía por todo el oriente cubano, con la misma furia que un incendio en un cañaveral en la época de los veranos secos e intensamente calurosos.

Las grandes debilidades del aparato militar hispano en la isla se pusieron en evidencia desde los primeros momentos. De unos 20.000 hombres que debían formar la plantilla del ejército español de operaciones de Cuba, apenas llegaban a unos 8.000, de ellos sólo unos 1.500 estaban dislocados en la parte oriental.

La situación de la actividad de inteligencia y contrainteligencia era lastimosa. Durante más de un año, virtualmente a los ojos de tenientes gobernadores y jefes de policías, los criollos se habían dedicado con pasión a organizar la guerra, incluso no siempre tomando las más esenciales reglas de seguridad. El testimonio de un periodista incondicional al gobierno lo señalaba, Antonio José Nápoles Fajardo, caracterizaba el sistema de vigilancia de una tendencia de gobierno que se podía generalizar para los demás.

“... sin policías, sin serenos, sin alumbrado, sin guardias rurales en tan extensos partidos, sin sueldos los pocos que existían y hasta el de los pedaneos muy retardados”¹.

No se había organizado un eficiente sistema de contrainteligencia capaz de depurar de sus filas a los sospechosos de infidelidad al imperio.

Si bien la inmensa mayoría de los agentes eran españoles esto no era un sello inviolable para que ideas subversivas penetraran y fructificaran en su pensamiento. Largos años de permanencia en la isla, matri-

1. Antonio José NÁPOLES FAJARDO. El sitio de Holguín (S.A.) pág. 16-17.

monios con cubanas, amistad y trato constante con los cubanos, llevó a algunos a comprender lo injusto e inhumano del sistema que defendían e hizo que varios casos coincidieran con las ideas y sentimientos de los hombres que debían de reprimir. Existen ejemplos relevantes como el del jefe de la guarnición de infantería y el comisario de policía de la ciudad de Manzanillo que se sumaron a la conspiración, así como varios capitanes y tenientes de partidos, miembros de cabildos y oficiales de voluntarios de otras jurisdicciones.

La colaboración de estos individuos facilitó la labor de los conspiradores y su extensión por las jurisdicciones orientales. Pero el factor que tuvo un mayor peso para el éxito del complot fue el apoyo de prácticamente toda la población criolla a los revolucionarios. De otra forma sería imposible explicar que en estas comarcas donde todo el mundo se conocía se produjera de un día para otro este andar y desandar de terratenientes y campesinos en extrañas reuniones sin un pretexto lógico.

En los días siguientes al 10 de octubre casi todos los complotados secundaron el alzamiento de Demajagua. En Bayano, Holguín, Jiguaní, Manzanillo y Tunas se produjeron alzamientos a los que se unieron la inmensa mayoría de la población. La confianza en el triunfo era tan segura que se esperaba festejar la Noche Buena de ese año en una Cuba Libre del dominio extranjero.

Desde los primeros momentos hubo una respuesta represiva de las autoridades de estas localidades al movimiento revolucionario. El 9 de octubre cuando el Teniente Gobernador de Manzanillo recibió informes de que no muy lejos de la cabecera de la jurisdicción en Demajagua los hermanos Pedro, Carlos Manuel de Céspedes y otros vecinos realizaban actividades subversivas, puso de inmediato en pie de guerra la pequeña guarnición de tropas regulares, los voluntarios y bomberos, en total logró reunir poco más de un centenar de hombres. Además, por el telégrafo notificó de inmediato este hecho el gobernador de Bayamo, que contaba con mejores fuerzas. Este último envió un destacamento a reforzar a su colega.

Carlos Manuel de Céspedes pensaba con sus tropas sorprender la guarnición manzanillera, para lo que contaba con el apoyo de algunos funcionarios coloniales ganados a la causa independentista. Al recibir noticias del estado de alerta de Manzanillo cambió sus planes y se dirigió al pequeño caserío de Yara situado en el camino entre Bayamo y Manzanillo. La llegada de los libertadores al poblado coincidió con la de las tropas de refuerzo de Bayamo. Los inexpertos y mal armados insurrectos fueron derrotados y dispersados.

En Holguín el catalán Francisco de Camps y Feliú, Teniente Gobernador de la jurisdicción, fue despertado por uno de sus subordinados en la noche del 12 de octubre. Un telegrama procedente del Gobernador General del Departamento Oriental, que radicaba en Santiago de Cuba le informaba de la sublevación iniciada en Manzanillo.

De inmediato el enérgico catalán se entregó de lleno a la represión de cualquier brote insurreccional. Dio órdenes de detener a todo sospechoso y decretó la movilización de las fuerzas a su mando. Muy pronto comenzó a comprender que el desarrollo de los acontecimientos se le escapaba de su esquema represivo. Los complotados apenas se enteraron de los hechos de Manzanillo, se levantaron en armas arrastrando prácticamente a toda la población, inclusive no pocos españoles.

El 15 de octubre recibió una inesperada delación, no muy lejos de la ciudad de Holguín, se encontraba una partida insurrecta liderada por el terrateniente Julio Grave de Peralta. Organizó una pequeña columna de fuerzas regulares y voluntarias que en la noche del 15 al 16 dispersaron a las fuerzas enemigas.

En la jurisdicción de Tunas el gobernador también fue sorprendido por el alzamiento de un grupo de vecinos, dirigidos por el terrateniente Vicente García González. Su incertidumbre se incrementó cuando al llamado realizado para integrar las fuerzas de voluntarios apenas acudieron un puñado de vecinos. De todas formas organizó una columna que envió hacia un punto conocido por El Hormiguero, donde se habían concentrado los sublevados. No le fue difícil a las bien experimentadas tropas colonialistas derrotar aquella masa de terratenientes y campesinos que sin organización ni armas se le enfrentaron en aquel potrero.

No hay dudas de que la represión hispana actuó con eficacia en los primeros días del alzamiento. Con la excepción de Jiguaní donde los sublevados lograron capturar la cabecera de la jurisdicción en el resto del territorio, el enemigo fue derrotado con relativa facilidad. Sin embargo, todos estos grupos se reorganizaron y se incrementaron y si en principio contaban con algunas decenas de adeptos muy pronto tuvieron en sus filas a cientos o miles de hombres dispuestos a combatir.

Los primeros que comprendieron esta situación fueron los tenientes gobernadores de las jurisdicciones sublevadas. No se dejaron engañar por las pequeñas victorias obtenidas en los primeros días. Sin comunicaciones entre ellos ni con sus superiores, pues éstas fueron rápidamente interrumpidas por los sublevados, valoraron que era imposible incursionar en el campo en busca de las tropas sublevadas. La indiscutible superioridad cubana no tardaría en imponerse y la fuerza que se arriesgara por algunos de los caminos orientales tarde o temprano

sería diezmada. Cada uno llegó a la conclusión de que era necesario pasar a la defensa de la cabecera de la jurisdicción.

En las poblaciones defendidas por los españoles, Bayamo, Tunas, Holguín y el Cobre hay aspectos en común pese al aislamiento y la independencia con que actuaron estos oficiales. El mismo hecho de tomar una actitud defensiva y no arriesgar en operaciones formó parte de ese pensamiento. En los cuatro casos se desechó la posibilidad de defender la plaza en su conjunto y se escogieron algunos edificios. Esto era correcto pues no se contaba con fuerzas necesarias para la defensa de una plaza.

Un aspecto negativo en estos primeros aprestos de defensa es que no se pensó en un sitio prolongado. Los hispanos subestimaron a sus enemigos, a los que tradicionalmente despreciaban. Tanto en Bayamo como en Holguín las fuerzas regulares y los voluntarios fueron situados en posiciones diferentes. También en estas dos poblaciones durante el ataque lanzaron a parte de las fuerzas a combatir en las calles. Analicemos brevemente algunas particularidades de cada una de estas defensas.

1. TUNAS

En Tunas el gobernador comprendió desde los primeros momentos lo comprometido de su situación. Los revolucionarios habían ocupado prácticamente en un par de días toda la jurisdicción y se disponían a atacar la cabecera. El jefe español concentró en el templo católico, una de las edificaciones más sólidas de la ciudad, las fuerzas regulares y los voluntarios. Se adoptaron las medidas indispensables para la defensa del edificio.

El 13 de octubre los sublevados entraron en la población que con la excepción de la iglesia cayó por completo en su poder. Ante la imposibilidad de tomar el recinto enemigo por falta de parque y artillería los mambises se retiraron.

En los días posteriores llegaron refuerzos, uno procedente de Puerto Príncipe y otro de Holguín. Con ellos se organizó la defensa de la plaza en su conjunto. Muy pronto apareció un enemigo implacable: el hombre.

El Ejército Libertador Cubano cortó todo suministro de alimentos. Para enfrentarse a esta nueva situación se organizaron pequeñas columnas que incursionaban en la inmediaciones en busca de ganado y viandas. Los insurrectos respondieron destruyendo los sembrados cercanos

y retirando el ganado que pastaba por las inmediaciones de la población.

Los hispanos lograron mantener el suministro por medio de las referidas incursiones y convoyes.

2. BAYAMO

Situado en el centro de la gigantesca cuenca del río Cauto y a pocos kilómetros de su rivera Bayamo era la población más próspera de esta comarca. En ella se encontraba la guarnición más numerosa del territorio sublevado. Algunos factores gravitaron negativamente en su defensa. El 11 de octubre se envió de refuerzo a Manzanillo parte de las fuerzas regulares. Esta tropa después de batir a los insurrectos en Yara continuó hacia Manzanillo. Otro elemento importante fue la poca fidelidad de los voluntarios y bomberos que se rindieron al inicio del combate o se pasaron al enemigo.

La localidad y cantidad de la fuerza atacante también es necesario tenerla en cuenta. Hacia Bayamo convergieron además de las tropas de esa jurisdicción soldados de Manzanillo, Tunas, y Jiguaní. Fue la única fuerza cubana que contó con jefes de experiencia militar. Entre ellas se encontraban un grupo de aguerridos oficiales del ejército dominicano que sirvieron en las filas españolas durante la ocupación de esa isla y luego emigraron a Cuba. El tiempo también les fue favorable a los cubanos en Bayamo. Si el 11 fueron derrotados en Yara, ya el 15 se habían reorganizado por completo y el 18 estaban a las puertas de Bayamo. Este vertiginoso desarrollo de los acontecimientos impidió que los españoles tuvieran tiempo para tomar medidas más efectivas en la defensa.

Udaeta, el gobernador, situó las tropas regulares en los cuarteles de infantería y caballería, mientras en la cárcel y en algunos edificios de la Plaza de Armas destacó a los voluntarios y bomberos bajo las órdenes del General dominicano al servicio de España, Modesto Díaz.

Los mambises penetraron por varios lugares y concentraron su ataque contra la Plaza de Armas. Udaeta lanzó las fuerzas de caballería en un intento de batir a los insurrectos en la calle y apoyar a los voluntarios pero fueron derrotados.

Capturada la plaza de armas, el ataque se dirigió sobre el cuartel de infantería, a donde se habían retirado las fuerzas de caballería. El resto de la ciudad estaba en manos de los cubanos.

En el sitio al Cuartel de Infantería se pusieron en evidencia los errores cometidos en la organización de la defensa. No habían almacenado

viveres suficientes para sostener un sitio prolongado, tampoco lo hicieron con materiales de construcción y medios de extinción de incendios y otros equipos necesarios para una defensa. Los hispanos no ocuparon las edificaciones inmediatas al cuartel. Esto le facilitó a los cubanos que desde allí atacaran a los sitiados. El 20 de octubre, luego de dos días de combate, la guarnición capituló.

3. HOLGUÍN

El gobernador español, Francisco de Camps y Feliu, decidió defender solamente algunos edificios de la ciudad. Situó las fuerzas regulares, alrededor de 69 hombres, en la Casa Capitular, a los voluntarios en la sólida casa del comerciante Francisco Rondán y en la iglesia San José. En el hospital militar colocó un pequeño destacamento de caballería. Este último se encontraba en la periferia de la ciudad. Los demás edificios estaban en un radio de unos 300 metros alrededor de la Plaza de Armas. Camps tomó medidas muy acertadas al desechar los cuarteles de infantería y caballería que no tenían condiciones para un sitio. Sin embargo, cometió un error al situar el grueso de las tropas regulares en la Casa Capitular, construcción que no contaba con las condiciones necesarias para su defensa. En parte esto fue compensado con la medida de ocupar las casas inmediatas lo que amplió las posibilidades de defensa. Fue muy acertada la medida de ocupar la casa Rondán, la de mejores condiciones para este tipo de empresa. Pero aquí cometió un error, al no ocupar las edificaciones inmediatas, lo que facilitaba el ataque cubano.

El tiempo fue un elemento favorable en la defensa española. No fue hasta el 30 de octubre que los mambises atacaron la plaza; los españoles tuvieron desde el 12 de octubre hasta el 29 para mejorar las defensas de la plaza.

El 30 de octubre los mambises atacaron la ciudad. Al igual que en Bayamo y Tunas los cubanos ocuparon sin grandes dificultades toda la ciudad y así aislaron las posiciones españolas. La falta de parque y de medios de sitio hizo que en la tarde de ese día el Ejército Libertador abandonara la población. No fue hasta el 17 de noviembre cuando volvieron a atacar la ciudad. Esto permitió que el mando hispano tuviera tiempo de analizar y corregir los errores cometidos.

El gobernador desechó la Casa Capitular y trasladó el grueso de sus fuerzas para la casa de Francisco Rondán. Ocupó toda la manzana donde estaba la edificación. En tres esquinas de esta manzana construyó

sólidos fortines. Fortaleció las puertas y ventanas de las casas de la manzana.

La casa de Rondán fue convertida en una pequeña fortaleza. En su puerta principal levantaron una sólida barricada. En las azoteas colocaron parapetos para los tiradores. De esta forma los cubanos se encontraron con que las paredes de las casas formaban una especie de muralla y para llegar a ella era necesario atravesar la calle barrida por la fusilería hispana. Para levantar estas obras contaron con el apoyo de varios experimentados artesanos que integraban el cuerpo de voluntarios. Acumularon además gran cantidad de víveres, materiales de construcción, el carro de bomberos y otros medios necesarios para sostener un sitio prolongado. El agua era extraída de los pozos y aljibes situados en los patios de estas casas. El apoyo de los voluntarios y bomberos fue decisivo en la defensa. La mayoría de los comerciantes españoles pusieron a disposición de las autoridades todo lo necesario para sostener el sitio. Los españoles también mantuvieron la defensa de la iglesia San José, situada a unos 100 metros de la manzana fortificada y en el Hospital Militar. El primero fue tomado por los libertadores, el segundo resistió hasta el fin del sitio.

Ambos jugaron un papel secundario en los combates.

Desde el 17 de noviembre al 6 de diciembre de 1868 se sostuvo el sitio de Holguín. Los cubanos ocuparon la ciudad y trataron de rendir por medio de cañones artesanales y el incendio a la guarnición. El 6 de diciembre ante la presencia de una poderosa columna de refuerzo procedente del cercano puerto de Gibara se levantó el sitio.

En el Cobre la otra población atacada por los cubanos, situada cerca de Santiago de Cuba la guarnición se refugió en el santuario de la Virgen de la Caridad, abandonando el resto de la población. Por medio de una estratagema lograron ganar tiempo hasta la llegada del refuerzo que obligó a los cubanos a retirarse.

4. DELENDIA SEA BAYAMO

Inmediatamente después de su captura los cubanos constituyeron en Bayamo un gobierno presidido por Carlos Manuel de Céspedes y que abarcaba el territorio de las jurisdicciones de Holguín, Manzanillo, Tunas, Jiguaní y parte de Santiago. Aunque con la excepción de Jiguaní las demás cabeceras de esas jurisdicciones permanecían en poder del gobierno, prácticamente los campos eran controlados por los insurrectos que ocupaban una extensión de unos 10.000 kilómetros cuadrados.

Bayamo se convirtió para el Estado español en algo más que la derrota de una aislada guarnición en una de sus colonias. Era el surgimiento de un Estado con capital y gobierno ante los ojos del mundo. De un mundo con varias potencias ávidas de nuevas colonias. Bayamo era el principio del fin del otrora orgulloso imperio español. Se iniciaba en las tranquilas calles bayamesas un drama que se extendería hasta finales del siglo.

Todo el esfuerzo de la capitania general de la isla de Cuba se volcó en la reconquista de la ciudad oriental. El primer intento por conquistar la plaza sorprende por la rapidez de la decisión y la premura. Con los primeros refuerzos llegados se organizan tres columnas que debían de marchar desde Tunas, Manzanillo y Santiago de Cuba sobre Bayamo. La presión cubana obligó a suspender las incursiones de Tunas y Manzanillo. El de Santiago de Cuba logró llegar hasta el poblado de Baire en el camino a Bayamo donde fue derrotado.

Esta operación demostró que era imposible con esfuerzos aislados reconquistar Bayamo. Aunque la propaganda oficial no dejaba de repetir que toda aquella situación era producto de un alzamiento de negros, mestizos y criollos degenerados, el alto mando colonial no dejó de comprender, que realmente estaban ante hombres y mujeres dispuestos a entregar sus vidas en la defensa de sus ideas.

La designación del general Blas de Villate y La Hera, Conde de Valmaseda, como jefe de operaciones por el Capitán General creó una unidad de mando indispensable en toda contienda. Este militar nacido en Vizcaya en 1824 reunía muchas cualidades para llevar a cabo tan espionosa tarea. Desde muy joven había tomado parte en diversos enfrentamientos armados ocurridos en la Península. En la guerra de Marruecos dirigió una brigada de caballería que tomó parte en varias acciones. Participó en la guerra de Restauración de la República Dominicana. Conocía ampliamente la geografía y la sociedad cubana, pues había desempeñado diversos cargos en la estructura colonial. Al momento de producirse el alzamiento era Segundo Cabo. Hombre sin muchos escrúpulos estaba dispuesto a cometer crímenes sin compasión para cumplir sus objetivos.

La inmensa mayoría de los oficiales y soldados, que desde los primeros momentos integraban las fuerzas encargadas de la represión, tenían una amplia experiencia militar ganada en las distintas guerras civiles y coloniales sostenidas por España en los años anteriores.

En los momentos en que el mando español se entregaba frenéticamente a los preparativos para organizar una extensa operación contra Bayamo llegaron dos sorprendentes noticias. En noviembre de 1868 las fuerzas cubanas dirigidas por el general Donato Mármol invadieron

gran parte de la jurisdicción de Santiago de Cuba y amenazaban con atacar a Guantánamo y los camagueyanos se sublevaron.

Guantánamo, con la excepción de una Capitanía Pedánea, se había mantenido fuera del torbellino de la guerra. En sus valles se extendían importantes cafetales, donde trabajaban gran cantidad de esclavos.

El 4 de noviembre otro hecho sorprende a las autoridades. Los camagueyanos se lanzan a la guerra. En pocos días se apoderan de casi toda la jurisdicción. Esto representaba una seria amenaza, pues los insurrectos podían avanzar hacia el occidente del país donde radicaba el grueso de las riquezas y decenas de miles de esclavos sometidos a una bárbara explotación en los ingenios azucareros.

El gobierno tenía dos terribles alternativas ante sí, dedicar el grueso de su esfuerzo a impedir la invasión a Guantánamo y combatir a los rebeldes camagueyanos o continuar con sus planes de reconquistar Bayamo. Pese a lo delicado de la situación, no hubo un momento de duda, se prefirió lo último. Todo lo demás era secundario.

La tradición marítima que existía en el archipiélago cubano fue una gran ventaja para el Conde de Valmaseda. Una tupida red de cabotaje unía todos los puertos y embarcaderos que se levantaban en seguras y resguardadas bahías o en pequeñas ensenadas. Utilizando veloces buques de vapor se desplazó él y sus tropas entre Manzanillo, Santiago de Cuba, Gibara, Nuevitas y otros lugares del teatro de operaciones. Por mar podían llegar refuerzos para salvar una situación comprometida o vitualla para desechar un bloqueo.

Desde la Península han comenzado a llegar los refuerzos. Entre octubre de 1868 y enero de 1869 desembarcaron unos 3.200 oficiales y soldados. Ya en diciembre cuentan con varias poblaciones que le pueden servir como base de operaciones. En algunas de ellas han acumulado fuerzas y medios. En Camagüey tienen a Puerto Príncipe y Nuevitas, en Oriente a Tunas, Holguín, Gibara, Manzanillo y Santiago de Cuba.

El plan elaborado por el mando español consistía en que el conde de Valmaseda al frente de una poderosa columna desembarcaría en Nuevitas, Camagüey y de allí marcharía sobre Tunas y luego Bayamo. Simultáneamente columnas procedentes de Santiago de Cuba y Manzanillo se dirigían a la ciudad rebelde. Mientras una fuerza transportada por el río Cauto desembarcaría en Cauto Embarcadero a pocos kilómetros de Bayamo. Desde Holguín una columna marcharía sobre Mayarí para desviar la atención de los cubanos hacia esa zona. La Marcha desde Nuevitas hasta Tunas tenía otro objetivo; presionar a los insurrectos de Camagüey.

Con la excepción de la columna dirigida personalmente por Valmaseda todos los demás planes españoles fracasaron. Las columnas de San-

tiago de Cuba y Manzanillo no pudieron llegar a Bayamo; la del río Cauto, uno de los barcos fluviales naufragó y el otro hostigado por los cubanos no pudo remontar el río. Las tropas de Holguín tuvieron que dedicarse a abastecer la ciudad estrechamente bloqueada por los mambises. Sin embargo, todos estos intentos obligaron a los insurrectos a distraer fuerzas que no pudieron actuar contra la tropa principal dirigida por Valmaseda.

La poderosa columna de Valmaseda desembarcó en Nuevitás, desde allí se dirigió a Tunas, hostigada en todo el camino por los cubanos. Reforzada tanto en Camagüey como en Tunas llegó a contar con más de 2.500 hombres con abundante parque y artillería. Mientras sus enemigos estaban armados principalmente con viejas escopetas de caza y otra gran cantidad sólo contaba con machetes de trabajo. Pese a esto los cubanos trataron por todos los medios de impedir su marcha colocando todo tipo de obstáculos en su camino y atacándola. El último y más desesperado esfuerzo se realizó ya en marcha hacia Bayamo cuando una tropa integrada por cientos de antiguos esclavos dirigida por Donato Mármol se lanzó en una desesperada carga que terminó en una verdadera masacre. Las puertas de Bayamo estaban abiertas. Ya nada ni nadie podría detener a la poderosa columna. Los bayameses recurrieron al último y más desesperado sacrificio para no entregar su orgullosa ciudad; la incendiaron y marcharon a los bosques.

Cuando la vanguardia española llegó a la otrora floreciente población sólo encontró un montón de ruinas humeantes.

5. LA CRECIENTE DE VALMASEDA

El general Blas de Villate tuvo sobrado tiempo entre las ruinas de Bayamo de comprender la situación en que se encontraba. Si bien era dueño de las principales plazas de Oriente, el campo era cubano con las excepciones de casi todo Guantánamo y Baracoa. Podía salir en cualquier momento al frente de su gigantesca columna con la seguridad de que ninguna fuerza enemiga podía oponérsele. Pero apenas abandonaba una finca o un caserío los mambises retornarían y todo continuaría como antes. Comprendió que era necesario conocer al enemigo, su táctica, sus debilidades y combatirlo con sus propias armas. Pero Valmaseda era un hombre de paciencia. Sabía que necesitaba muchos más hombres para su empeño y esperó la llegada de refuerzos. Mientras fue consolidando las futuras bases de operaciones.

Envío tropas que ocuparon los poblados de Jiguaní, Mayarí y otros menores. Creó un sistema defensivo en cada poblado. Éste consistía en

una defensa externa y otra interna, la externa la formaban fortines que se construían en las entradas principales y otros puntos de interés. Esos fortines se unían por medio de empalizadas o alambradas. Algunas edificaciones que ya existían en las afueras de la ciudad en ocasiones eran transformadas en recintos militares e incluidos en ésta.

La interna los constituían toda una serie de cuarteles, almacenes, hospitales, comercios particulares y otras construcciones. En ellos se hacían transformaciones que los adaptaba para la defensa. Allí radicaba el grueso de las fuerzas hispanas. Este tipo de defensa con algunas variantes se mantuvo durante las tres guerras de independencia (68 al 78, 79 al 80 y 95 al 98).

Los acontecimientos se precipitaban vertiginosamente en el resto de la isla. En Camagüey la insurrección se fortalecía con la llegada de la expedición del "Galvanic" que traería un importante cargamento de armas y parque.

En febrero de 1868 Las Villas se sublevó extendiendo el teatro de operaciones y amenazando peligrosamente al occidente del país, pero la mayoría de los villaclareños ante la escasez de armas decidieron marchar a Camagüey y Oriente.

En abril de 1869, en Guaimaro, se constituía la República de Cuba que designó como su presidente a Carlos Manuel de Céspedes. Esto permitió crear un mando militar único que recayó en el general Manuel de Quesada.

La estructuración de las fuerzas libertadoras cubanas en divisiones y brigadas subordinadas a un jefe de departamento y éste a su vez al general en jefe, permitía la formación de grandes concentraciones de hombres que podían atacar a las pequeñas tropas españolas, diezmarlas. Al mismo tiempo esta fuerza integrada casi siempre por vecinos de una comarca se dividían en pequeños destacamentos y se refugia en los bosques.

Valmaseda y su estado mayor comprendieron que era necesario obligar al enemigo a que presentara combate o abandonara el territorio donde operaba. Ya en abril de 1869 había recibido suficientes refuerzos para iniciar su ofensiva. Para esto escogió una zona determinada que casi siempre coincidía con la estructura administrativa española de jurisdicción. Allí concentraban al grueso de sus fuerzas. Varias columnas debían de avanzar paralelas y simultáneamente, al mismo tiempo pequeñas tropas conocidas como guerrillas volantes avanzaban entre ellas en misión de exploración y liquidación de las pequeñas partidas enemigas. Las columnas oscilaban entre 500 y 800 hombres.

Aunque con particularidades en cada región, esta ofensiva se inició en Bayamo y luego continuó por Manzanillo, Jiguaní, Santiago de

Cuba, Holguín y Tunas. Los primeros resultados del plan hispano dieron rápidos frutos. El grueso de las fuerzas cubanas de Bayamo y Manzanillo tuvieron que trasladarse a Tunas, las de Jiguaní a Holguín. En esta última jurisdicción las tropas que operaban en la parte oriental se retiraron a la zona occidental y a Tunas. En Santiago los cubanos fueron también duramente batidos. Al mismo tiempo que se efectuaban las operaciones militares se llevó a cabo una cruel represión. En las poblaciones se producían detenciones masivas. Muchas de estas gentes fueron ejecutadas o deportadas a cárceles en la Península. En el campo se habían dado órdenes de ejecutar a todo hombre que se encontrara en la insurrección. Mujeres, niños y ancianos detenidos en los bosques eran vejados y en no pocas ocasiones asesinados. Se cometieron violaciones de mujeres detenidas.

El mando hispano iba trasladando sus fuerzas de una jurisdicción a otra en la medida en que se desalojaba al enemigo. A su retaguardia dejaba pequeñas guerrillas, fortines y poblados fortificados que le servían de base a estas tropas que se encargaban de combatir a las fuerzas cubanas que lograban eludir la ofensiva.

Los cubanos rememorando las terribles crecidas del río Cauto que todo lo arrasa a su paso llamaron a esta ofensiva la Creciente de Valmaseda.

6. LA RESPUESTA CUBANA

La ofensiva española chocó desde los primeros momentos con una tenaz resistencia cubana. En cada comarca los insurrectos mal armados y escasos de parque combatieron recurriendo principalmente al hostigamiento guerrillero. Incluso se atacaron pequeños poblados. Pero los cubanos iban perdiendo terreno, el enemigo se imponía, se intentó incluso crear una especie de ejército regular con las armas traídas en una expedición llegada en mayo de 1869 para enfrentar la ofensiva, pero el plan cubano fracasó.

En enero de 1870 cuando la ofensiva se encontraba en toda su intensidad y ya habían sido desalojadas las tropas de Bayamo, Jiguaní y Manzanillo y se operaba intensamente en Holguín llegó por Tunas una expedición cubana que trajo un importante cargamento de armas y parque. En aquel momento desesperado se decidió que las fuerzas de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní regresaran a su respectivas zonas de operaciones mientras las de Holguín volvían a ocupar la parte oriental, recientemente abandonada, y las de Tunas se enfrentaban a la avanzada de la ofensiva que ya llegaba a su territorio. El retorno durante el año

70 de estas tropas a sus comarcas y las operaciones realizadas allí obligó a detener la ofensiva, pues prácticamente había que recomenzar de nuevo operando en cada una de estas jurisdicciones que se consideraban pacificadas.

La gran ofensiva hispana fue algo más que una simple operación militar, significó la aplicación de toda una serie de tácticas y medidas que serían la columna vertebral de la represión española contra las insurrecciones cubanas. La mayoría de ellas ya habían sido aplicadas en otras guerras coloniales y se adaptaron a las circunstancias cubanas, otras fueron más específicas de esta guerra.

Para los cubanos fue una dura escuela en la que se probaron sus oficiales y soldados. Sólo los verdaderamente convencidos continuaron en las filas de la revolución. Los débiles, los incorporados por el azar o la aventura no tardaron en rendirse al enemigo. Se exonera de ésta a los cientos de familias que sin medio de subsistencia se vieron obligados a presentarse a los hispanos mientras sus hombres continuaban en las familias insurrectas.

En la memoria popular los crímenes y depredaciones cometidas por las tropas coloniales y en especial por los guerrilleros, civiles y reclutados como tropa auxiliar, dejaron una profunda huella que la tradición oral mantuvo viva durante muchos años.

Después de la Creciente de Valmaseda todo fue distinto tanto para cubanos como para españoles.

BIBLIOGRAFÍA

BARRIOS Y CARRIÓN, Leopoldo: *Algunas consideraciones sobre la historia de las guerras de Cuba*. 2.^a parte. Resoluciones tácticas, logísticas y orgánicas. 2.^a ed. Habana lugar del Ejército 1892, 268 págs.

CAMPS Y FELIU, Francisco: *Españoles e Insurrectos, recuerdos de la guerra de Cuba*, Habana, Establecimiento tipográfico de A. Álvarez, 1898.

JIMÉNEZ CASTELLANOS, Adolfo: *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba*, Madrid, 1883.

LLOFRIU Y SAGRERA, Eleuterio: *Historia de la insurrección-guerra de la isla de Cuba*, Madrid Emp. de la galería literaria, 1870-72.

PIRALA CRIADO, Antonio: *Anales de guerra de Cuba*. Madrid F. González Rojas, 1895-98, 3 T.

ZARAGOZA Y CULETA, Justo: *Las insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia militar de esa isla en el presente siglo*. Madrid, lugar de Manuel G. Hernández, 1872-1873, 2 T.

COLLAZO TEJEDA, Enrique: *Desde Yara hasta el Zanjón*. Instituto del libro, La Habana, 1967.

GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro: *Guerra de los diez años. 1868-1878*, La Habana, Cultural, 1950-52, 2 T.